

Prefacio Humberto

YO, BIÓLOGO-CULTURAL

Cuando era un niño aprendí con mi madre que el mundo que yo vivía y viviría dependería siempre de mí, de lo que yo escogiese hacer.

Más tarde, constataría este aprendizaje en una experiencia cultural que me conmovió profundamente, y con la que aprendí que el camino que seguía en mi vivir no estaba determinado por algún agente externo a mí, sino que se configuraba en todo momento, ya fuese de manera consciente o inconsciente, con lo que yo escogía hacer.

Un día, acompañé a mi madre, que trabajaba como Asistente Social, en una visita a domicilio. Llegamos a un lugar donde se fabricaban ladrillos y la mujer que íbamos a visitar vivía allí, en una pequeña mediagua de madera. Al entrar en ella ví a esa mujer cubierta de harapos, tendida sobre un suelo de tierra y, junto a ella, vi también a un niño como yo, que me conmovió al verlo no distinto de mí. Pensé que yo podía ser él, y que yo era un niño muy afortunado porque, sin merecimiento especial alguno, tenía todo lo que él debería tener y no tenía, como casa, colegio y comida, y pensé que yo no respetaría jamás a un dios que se declarase amoroso pero que surgiera arbitrario y discriminador negando su cuidado donde debía tener presencia. Y descubrí, nuevamente, lo que me había enseñado mi madre: el vivir que yo viva y el cómo viva mi vivir, siempre dependerá de mí, suceda lo que suceda.

En otra ocasión, mi madre me dijo: “Las conductas no son buenas o malas en sí, son oportunas o inoportunas, adecuadas o inadecuadas, y es responsabilidad de cada uno saber cuál es cuál en cada momento”, con lo que me dejó la tarea de darme cuenta cuál era la conducta adecuada en cada circunstancia porque era mi responsabilidad saberlo.

Fue de esta manera, que decidí, en la intimidad de mi sentir, que quería estudiar, aprender, saber y entender desde mí, todo en mi vivir, para ser plenamente responsable de lo que hacía o decía.

Pero mi madre me enseñó algo más. Me mostró que, aunque yo era un niño solitario y me gustaba hacerme mis juguetes y habitar en secreto un escondite que me había hecho entre las ramas de un árbol, yo no existía solo y que había otras personas, y aprendí con ella a colaborar y compartir con otros.

Y fue en este devenir reflexivo que, años después, cuando tenía 19 años, tuve una experiencia inesperada y que ahora yo llamaría de tipo místico. En el último año de colegio, en una clase de biología, tuve un desmayo en el que experimenté una ampliación de mi conciencia frente a la posibilidad de morir sintiendo que dejaba de existir disolviéndome en un ámbito luminoso sin cuerpo y en completo bien-estar. Al volver en mí, me pregunté qué me había sucedido, ¿había estado muriendo o había vivido una experiencia mística? Y me encontré planteándome el dilema de escoger entre la búsqueda del conocimiento y la responsabilidad de su comprensión o la entrega a la devoción y la contemplación del misterio de la existencia de lo divino. Escogí, conscientemente, el camino de la búsqueda

del conocimiento y de la comprensión del vivir y convivir humanos, haciéndome responsable de mi propio vivir en el camino de la ciencia a partir de mis estudios de medicina, procurando entender la naturaleza del ocurrir del vivir y el morir.

El camino de mi reflexionar y estudio del operar del sistema nervioso en el proceso de la percepción me llevó a encontrarme con el tema del origen del lenguaje. Y el estudio de este tema me llevó a darme cuenta de que el amor es el fundamento emocional que hace posible el surgimiento evolutivo de nuestro vivir humano en el origen del lenguaje. Y es desde allí que con Ximena Dávila Yáñez afirmamos que los seres humanos somos seres biológicamente amorosos y que nuestra identidad biológica-cultural es *Homo sapiens-amans amans*.

Así, de alguna manera insospechada, toda mi vida anterior al año 1998, y en particular la falta de comprensión a lo que yo decía al hablar del amor como un aspecto central de nuestro ser seres humanos, me hizo más receptivo y abierto al remezón reflexivo que viví en mi encuentro con Ximena, y que fue el inicio de una aventura psíquica y espiritual revitalizadora para mí después de haber jubilado y haber tenido que dejar mi trabajo en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile.

Cuando conocí a Ximena me conmovieron su curiosidad insaciable, su audacia de preguntar lo imposible de contestar, su escuchar en un conversar con candor reflexivo, y su inteligente testarudez reflexiva no distinta de la mía. Pero, sin duda, fue su notable y fundamental observación desde su quehacer profesional de que “el dolor y el sufrimiento por los que se pide ayuda relacional son siempre de origen cultural”, la que dio inicio al proceso que nos llevó al conversar y colaborar reflexivo cuyo producto aparece ahora en este libro como el origen de nuestro entendimiento de la naturaleza biológica-cultural del vivir humano. Y en este proceso fue la observación de Ximena de la conservación del dolor humano como un aspecto del diario vivir cultural, lo que nos llevó a ver el entrelazamiento constitutivo de lo biológico y lo cultural en nuestro vivir y convivir humano. Y a hacernos cargo en serio del hecho que el vivir de todos los seres vivos ocurre desde su origen – hace unos tres mil ochocientos millones de años- necesariamente en una completa integración con el entorno que lo hace posible conformando una totalidad ecológica y dinámica que ahora llamamos unidad ecológica organismo-nicho. Todo lo cual nos llevó recursivamente a ver que nuestro vivir biológico-cultural humano comienza desde nuestra concepción en el cigoto que se implanta en el útero de nuestra madre, de modo que vivimos inmersos en el cosmos que ella genera con su vivir: así nuestro vivir-convivir humano es biológico-cultural desde nuestra condición de cigotos en la integración de lo biológico y lo cultural como procesos distinguibles pero no separables, que hacen que en nuestra epigénesis seamos seres humanos únicamente en el curso de nuestra convivencia con otros seres humanos.

Comenzamos a trabajar juntos fundando Matrízica el año 2000, en un proceso que iniciamos solos, primero, y seguimos después con nuestros colaboradores y colaboradoras en lo que se ha constituido en una verdadera escuela de pensamiento reflexivo, científico y filosófico cuyo centro conceptual y operacional es la biología-cultural, preguntándonos:

¿cómo es que a los seres humanos nos ocupa evitar las consecuencias negativas de lo que hacemos sobre otros seres humanos y la biósfera, y a veces no?

Así, mirando en nuestra epigénesis, podemos decir, poéticamente, que este libro, *El Arbol del Vivir*, ha crecido en los jardines de Matríztica y que, nosotros, conmovidos por lo que nos entrega en su florecer, procuramos comprenderlo dejando que su fructificar nos revele a nosotros mismos, de modo que en nuestro reflexionar podemos descubrir que somos, al mismo tiempo, su origen y uno de sus frutos. Y esta revelación tiene, sin duda, el doble carácter de nuestro hacer y pensar en Matríztica, que es el de hacer, a la vez, ciencia y filosofía.

Tras estos últimos quince años de reflexión, ya podemos comprender plenamente la naturaleza cerrada del ocurrir del vivir y del ocurrir del conocer al comprender que explicamos las coherencias de la realización de nuestro vivir con las coherencias de la realización de nuestro vivir como sistemas autopoieticos moleculares.

Cuando yo, Humberto, propuse la palabra autopoiesis para evocar la organización de la dinámica molecular que constituye la realización del vivir del ser vivo, me parecía que era evidente de que hablaba de procesos moleculares, cosa que quedó oculta en los intentos de mostrar la organización que constituía el vivir. Eso ha llevado a muchas confusiones y, para evitarlas, en el año 2001 decidimos ser explícitos refiriéndonos a los seres vivos destacando siempre que somos sistemas autopoieticos moleculares. Y al hacer esto, podemos también entender plenamente nuestro existir biológico-cultural y descubrir como al explicar nuestro vivir con nuestro vivir podemos ver cómo todo lo que vivimos en nuestro vivir surge de la realización de nuestro vivir en una dinámica generativa cerrada sobre sí misma, y evitar caer en la tentación que nos ofrece la ilusión de nuestra sensorialidad íntima que nos dice que necesitamos apoyarnos en una realidad trascendente para comprender nuestro vivir. Lo que hacemos en este libro es mostrar esa dinámica generativa cerrada en la que el árbol del vivir genera los frutos que le dan origen, en un relato que, aunque no nos muestra todos esos frutos, sí nos muestra cómo pueden surgir estos de nuestro vivir y convivir -incluyéndonos a nosotros mismos como uno de ellos- si dejamos que nuestro reflexionar ocurra desde el amar, sin prejuicios, sin exigencias, sin supuestos y sin expectativas, de modo que constituya la buena tierra que abona sus raíces permitiendo nuestra comprensión de su ocurrir.

En fin, en este cierre explicativo vemos, además, que de hecho seguimos en nuestro vivir, en cada instante, el camino de la inspiración de lo que nos conmueve o encanta, de modo que ningún camino nos está vedado en la realización de nuestro vivir. Y podemos escoger seguir el camino de la ciencia o el camino de la mística, o el camino de la materialidad de lo cotidiano o el camino de la espiritualidad de lo divino. Pero no son los sucesos particulares del camino que seguimos lo que nos hace seres humanos amorosos y éticos, sino que el cómo los vivimos y cuales son los sentires íntimos que queremos conservar en nuestro convivir.

Esto es lo que nos ha ocurrido a Ximena y a mí en nuestro trabajar juntos, permitiéndonos co-escribir este audaz libro, en el que cada uno, según la fuente de su propio vivir, ha aportado

la riqueza de su propia historia y aprendido desde ella a ampliar su escuchar, su mirar y entendimiento de nuestro vivir y convivir biológico-cultural, en el proceso de co-escribirlo.

Así, al comienzo de mi devenir explicativo el año 1969², cuando propuse la noción de autopoiesis molecular como la organización y realización del vivir, no ví plenamente que el ser vivo únicamente ocurre con su nicho ecológico que surge con él, cosa de la que solo me hice cargo en plenitud cuando Ximena, durante nuestras conversaciones, destacó que la buena tierra, que hace posible el vivir de cada ser vivo, surge con él como el ámbito sensorial, operacional y relacional amoroso que lo acoge y se transforma con él en la realización de su autopoiesis molecular.

A partir de ahí, fuimos generando en nuestro conversar el entendimiento de la unidad ecológica organismo-nicho y de la arquitectura dinámica que hacen el fluir del presente cambiante del vivir y convivir humano en su hermosa y terrible creatividad.

Es en este sentido que este libro presenta muchas visiones nuevas que amplían el entendimiento de nuestro vivir, de la distinción de nuestro existir biológico-cultural, de la conservación de los sentires íntimos que guían y orientan nuestro vivir, de la arquitectura dinámica espontánea de todo suceder, incluyendo el de nuestro propio vivir, como el fundamento epistemológico de nuestro hacer y conocer. Productos todos de nuestro conversar reflexivo que durante los últimos quince años ha sido generador de nuestra comprensión de nuestro existir biológico-cultural.

El vivir y convivir en el que ocurrió nuestro co-escribir este libro ha sido y es una hermosa y venturosa aventura. No es trivial tomar en serio en el convivir el darse cuenta de que todos los mundos que vivimos los generamos nosotros mismos, y los conservamos, como dice Ximena, desde los sentires íntimos que hemos aprendido a dejar que guíen nuestro vivir desde un trasfondo reflexivo que nos permite ver y comprender, de modo que podemos escoger qué vivir queremos vivir y convivir.

En el curso de este libro mostramos que el vivir de todo ser vivo ocurre y surge evolutivamente y en su vida individual como una unidad ecológica organismo-nicho como una arquitectura dinámica que integra al organismo y al entorno que lo hace posible en su armonía íntima y relacional como su nicho ecológico amoroso de bordes dinámicos y cambiantes pero operacionalmente definidos en cada instante en la conservación de su autopoiesis molecular.

Y en este proceso, nos hemos hecho cargo al mismo tiempo de las consecuencias que tiene para nuestro vivir la comprensión de la naturaleza epistemológica y no ontológica del tema del conocer y el entender, porque el conocer y el entender tienen que ver con la realización del vivir del organismo que conoce y entiende, y no con una supuesta realidad trascendente de lo conocido.

En fin, a lo largo del libro el lector verá que hay mucho más que nos lleva a hablar de un mirar reflexivo que hemos llamado audazmente Matrítica o Escuela de Pensamiento del Sur del Mundo, porque ha surgido aquí, en el entretejido inconsciente de sentires íntimos de

diferentes etnias y razas, que cuando conviven en el respeto mutuo, nos permiten poner el entendimiento, y no el saber, como el corazón de nuestro hacer. Y hacemos esto concientes de que, aunque como seres vivos nuestro vivir nos ocurre en la inmediatez de nuestro aquí y ahora, como seres humanos, que nos respetamos en nuestros deseos de convivir en la misma tierra, nuestra responsabilidad en la realización de nuestro convivir siempre involucra la totalidad de la antropósfera que generamos y la biósfera que habitamos.

El origen de las ideas centrales que guiaron nuestro reflexionar en estos quince años de colaboración en Matríztica, y de los cuales este libro es el producto más visible, está en el trabajo de Ximena y que ella llama *Conversar Liberador*.

Cuando nos encontramos y comenzamos a colaborar, a finales de la década de los noventa, ella fue conociendo e interesándose, a través de nuestras conversaciones, en aspectos de mi historia, como que yo era un científico al que desde niño le gustaba perseguir sus ideas y a los siete años se preguntó ¿qué es lo vivo que muere?, y, más tarde, como biólogo adulto se preguntó ¿qué son el conocer y la percepción como fenómeno biológico?

A mi vez yo fui poco a poco conociendo algunos aspectos de la suya, como su profundo interés por las personas y sus relaciones en las familias y las organizaciones en general.

Cuando nos encontramos, para mí lo humano solo era un aspecto de la biología, pero de la persona, como sujeto único en el cosmos, no me había ocupado mucho, de modo que cuando conversamos y Ximena me dijo que ella se había dado cuenta de que el dolor y el sufrimiento por los cuales se pide ayuda relacional eran siempre de origen cultural, me mostró un nuevo mundo hacia el cual me orienté plenamente.

En este proceso la pregunta central de nuestras reflexiones y nuevas ideas pasó a ser: ¿cuál es la naturaleza íntima de las relaciones humanas y la naturaleza de la presencia de la persona en el cosmos? Conversaciones y reflexiones que nos ocupan hasta el día de hoy.

En los comienzos de año 2000 se inicia Matríztica orientada de manera cada vez más explícita por la búsqueda de la comprensión de la psiquis sensorial, operacional y relacional humana, que se hacía posible a partir del *Conversar Liberador*. Trabajo que generó nuestra casuística experiencial y reflexiva en estos más de dieciocho años juntos y que nos ha posibilitado constatar que el origen del dolor y sufrimiento relacional es en efecto de origen cultural.

Cuando se produjo nuestro encuentro yo ya no era un científico tradicional, ya sabía que no podía hablar de la realidad o de lo real en sí como algo independiente de nuestra operación de distinción, y perseguía las consecuencias de aceptar eso en nuestro vivir y comprender los mundos que vivíamos.

En su trabajo, Ximena me mostró que lo que da forma a nuestro vivir y convivir humano es la configuración de nuestros sentires íntimos que constituyen, en cada instante, el fundamento de todo lo que hacemos, y que se hacen aparentes en su operar solo si se les permite revelarse a nuestro sentir, ver y escuchar en las distintas dimensiones sensoriales, operacionales, emocionales y relacionales de nuestro conversar y hacer, cuando, movidos por el dolor o por la curiosidad, nos detenemos a reflexionar sobre la intimidad de nuestro vivir y convivir.

Es, pues, la comprensión de lo que sucede en el Conversar Liberador, como dinámica experiencial reflexiva, lo que nos revela nuestro existir biológico-cultural a la vez que se hace aparente que los seres humanos en la realización de nuestro vivir y convivir no solo somos la base sensorial, operacional y relacional del cosmos que vivimos, sino que somos, a la vez, el fundamento epistemológico de todo conocer.

Las dinámicas operacionales que Ximena observó en el suceder de la experiencia del Conversar Liberador, y que llamó configuración de sentires íntimos, constituyen distintos espacios sensoriales, operacionales y relacionales que vivimos como distintos dominios de existencia que llamamos místicos, abstractos, concretos, religiosos, prácticos, filosóficos, científicos o mundanos, y cuyo carácter depende en cada caso de los sentires íntimos que guían lo que hacemos y lo que conservamos.

Este libro contiene y re-presenta la epigénesis, o sea la transformación histórica de Matriz-tica, y ha ocurrido y está ocurriendo como una continua reflexión recursiva desde el Conversar Liberador sobre nuestro vivir y convivir humano como el eje central de todo lo que hemos hecho junto con nuestros colaboradores y colaboradoras durante estos últimos quince años.

Y ¿por qué no decirlo aquí ahora? Lo dicho en esta reflexión muestra la unidad psíquica-corporal de nuestro vivir convivir humano, pero también muestra la unidad psíquica-corporal de cualquier ser vivo, al implicar de manera indirecta que la manera de vivir de cualquier organismo es determinada por la configuración de sentires íntimos que define y guía el mundo que genera al vivirla en los haceres y emociones del ámbito relacional que la dinámica de su unidad psíquico-corporal hace posible.

Lo más fundamental que nos ha ocurrido en nuestra historia de colaboración reflexiva en relación a la naturaleza del vivir y de nuestro convivir, es el hacernos cargo de que los seres humanos somos seres biológico-culturales y de que la unidad ecológica organismo-nicho de nuestro existir incluye a nuestra mamá y papá y al entorno de colaboración y cuidado mutuo en que ella y él integran una familia que constituye el ámbito básico de nuestro existir biológico-cultural social.

La expresión biológico-cultural, evocadora de nuestro ocurrir en una unidad sensorial, operacional y relacional, no es parte del léxico común actual de nuestro hablar y reflexionar sobre nosotros mismos porque une dinámicas operacionales hasta ahora tratadas como disjuntas, pero que nosotros reconocemos que no lo son, sino que ocurren completamente entrelazadas en su operar desde nuestra concepción como *Homo sapiens-amans amans*, aunque podamos distinguirlas en su operar.

Los seres humanos, como seres biológico-culturales, somos fruto del Arbol del Vivir, aunque este surge con nosotros al explicar nuestro vivir con las coherencias sensoriales, operacionales y relacionales de la realización de nuestro vivir, en una dinámica explicativa-generativa en la que desaparece la pregunta por la realidad en sí que nos haría posibles, y nos damos cuenta de que nosotros mismos en nuestro vivir somos la realidad en que existe nuestro vivir.

Una de nuestras observaciones más fundamentales, que surgió en el inicio de nuestro colaborar en *Matríztica*, fue el reconocer que el vivir en la unidad ecológica organismo-nicho biológico-cultural de cada ser humano se cierra sobre sí misma como nuestra forma biológica de nuestro habitar cultural, de la misma manera que el vivir de la unidad ecológica organismo-nicho, como la forma biológica del habitar particular del vivir de cada clase de ser vivo no humano, se cierra también sobre sí misma.

La única diferencia substancial entre nosotros y otros seres vivos está en que nuestra forma biológica de habitar es biológica-cultural, y en tanto es así, nuestro habitar en el lenguajear, el conversar y el reflexionar sobre nuestro vivir, son parte de nuestro nicho en la unidad ecológica organismo-nicho que integramos. Otros seres vivos que no habitan en el lenguajear no pueden reflexionar. Y nosotros, en tanto podemos reflexionar, podemos siempre preguntarnos qué vivir queremos vivir; y más pronto que tarde, descubrimos que queremos un vivir-convivir que lleve a nuestros hijos e hijas a vivir en el bien-estar y armonía del convivir familiar social de colaboración y mutuo cuidado en el amar, que, según nosotros, es, de hecho, el habitar social.

En esto, los seres humanos, como seres biológico-culturales que existimos en el lenguajear, en el conversar y en el reflexionar, somos únicos porque podemos escoger; y este libro es una larga reflexión sobre lo que nosotros vemos como el fundamento de nuestra autonomía y libertad de escoger, cuando nuestra oportunidad para escoger es el aquí y ahora que estemos viviendo según el presente de nuestra epigénesis.

Estamos en un momento histórico en el que tenemos nuestro vivir y convivir biológico-cultural como centro de nuestro reflexionar sobre nuestro vivir y convivir, a la vez que tenemos al *Arbol del Vivir* como fuente y fruto de la comprensión de nuestro vivir y del cosmos que generamos al explicar nuestro vivir con nuestro vivir al habitar nuestro vivir como seres autopoieticos moleculares reflexivos.

Todo lo que presentamos en este libro lo hacemos desde el entendimiento de nuestro existir como seres biológico-culturales y desde la comprensión de la unidad ecológica organismo-nicho del vivir de los seres vivos, y lo hacemos pasando por la comprensión de la dinámica de conservación y transformación de los sentires íntimos que guían nuestro vivir relacional, y que el trabajo de Ximena muestra, hasta la comprensión del carácter intrínsecamente conservador de los procesos cibernéticos de la arquitectura dinámica de la realización del vivir en el tiempo-cero del presente continuo cambiante del vivir: este libro es una invitación reflexiva.

Y es una invitación reflexiva a hacernos cargo de que ahora sabemos que como seres humanos somos generadores de los mundos que vivimos, cualquiera sean sus características porque sabemos que -consciente o inconscientemente- escogemos el vivir que vivimos siempre desde nuestros deseos, gustos, ganas, temores, fantasías y preferencias, sabiendo también que es según lo que escogemos lo que conservamos en nuestro vivir y convivir.

La historia que da origen al presente en que hoy me encuentro no ha ocurrido en un vivir sin errores ni cegueras, errores y cegueras que han sido fuente de dolores y confusiones en mi vida profesional y familiar, a la vez que oportunidades de reflexión y ampliación de mi comprensión de la naturaleza del vivir biológico cultural humano. Errores y cegueras que quisiera no haber vivido, y que al verlos me han llevado, tal vez a lo más importante, que es aceptar sin quejas la responsabilidad de vivir sabiendo que soy el generador de los mundos que vivo, consciente de que sé que en ellos no hay verdades absolutas y que solo puedo escoger qué quiero conservar en mi vivir y convivir escogiendo muchas veces caminos que después siento que fueron errores que no puedo deshacer, y ante los cuales solo me queda, si es posible, el reconocimiento de mi honestidad en el deseo de no cometerlos nuevamente preguntándome, ¿qué quiero conservar y qué no quiero conservar en lo que me queda por vivir?

QUIERO AGRADECER...

A mi madre Olga Romesín Lezaeta, que hiciese con sus propias manos la cuna de madera y lana en que me puso a dormir después de nacer, el que me haya dado tanto de mamar como para después jamás dudar de mí, y el que me mostrase con su vivir ético-social la autonomía que surge de la responsabilidad y seriedad en el hacer.

A María Montañez Luna su confianza en mi entendimiento que me permitió decir lo inaceptable e indecible desde el saber científico que se creía saber, con su compañía reflexiva siempre seria y profunda.

A Beatriz Genzsch Rescalli su confianza en mi sensibilidad íntima que me permitió ver la unidad biológica-espiritual del vivir en el amar, desde su amistad acogedora nunca alterada.

A mis hijos, Marcelo y Alejandro, que me han inspirado con sus preguntas y se han inspirado en su vivir conmigo en su propia libertad creativa.

A mis maestros, el profesor Gustavo Hoecker Salas porque me acogió y guió mi hacer abriéndome espacios de acción reflexiva al confiar en mi mirada como científico, y al profesor John Zachary Young por mostrarme que sin audacia no hay creatividad, porque para decir algo nuevo hay que cambiar el lenguaje.

A cada uno de mis alumnos y alumnas, porque han sido siempre interlocutores reflexivos y que con sus preguntas y opiniones me llamaban a mirar los fundamentos de mi entendimiento.

Y, sin duda, a Ximena, que desde su alegre amistad y profundidad reflexiva me mostró que los seres humanos, en nuestro ser seres biológico-culturales, somos personas, esto es,

seres que en su vivir en el lenguajear y el conversar podemos reflexionar sobre nuestro vivir y escoger qué vivir queremos conservar, y que el amar es el fundamento de la realización de todo vivir en la buena tierra que hace posible su existencia en la unidad ecológica organismo-nicho que integra.

Finalmente, doy gracias a la vida misma, el haber vivido hasta hoy para ver nacer, crecer y fructificar El Arbol del Vivir.